



Oración

Abre nuestros **ojos**, Señor,
para que podamos verte a Ti
en nuestros hermanos y hermanas.

Abre nuestros **oídos**, Señor,
para que podamos oír
las invocaciones de los que tienen hambre,
frío, miedo, y de quién está oprimido.

Abre nuestras **manos**, Señor,
para que sepamos compartir lo nuestro
con los menos privilegiados.

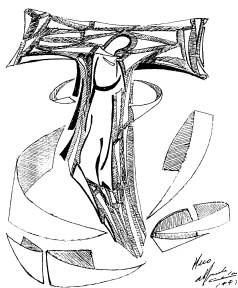
Abre nuestro **corazón**, Señor para que aprendamos
a amarnos los unos a los otros como Tú nos amas.

(Madre Teresa de Calcuta)

TEXTO FRANCISCANO:

CONSTITUCIONES GENERALES DE LA O.F.S. (Artículo 18)

1. *Los franciscanos seglares son llamados a ofrecer su contribución personal, inspirada en la persona y en el mensaje de San Francisco de Asís, en vistas a establecer una civilización en la que la dignidad de la persona humana, la corresponsabilidad y el amor sean realidades vivas.*
2. *Profundicen en los verdaderos fundamentos de la fraternidad universal y creen en todas partes espíritu de acogida y una atmósfera de hermandad. Rechacen con firmeza toda forma de explotación, de discriminación, de marginación y toda actitud de indiferencia hacia los demás.*



Vocalía Vocacional. Orden Franciscana Seglar
C/ Cervantes, 9 41003 Sevilla
vocalialofsandalucia@yahoo.es

Fraternidad más próxima:

OFS

ORDEN FRANCISCANA SEGLAR – Andalucía

Vocalía Vocacional

Noviembre 2008

El encuentro con el LEPROSO

Francisco no estaba acostumbrado al sufrimiento y a los ojos del mundo lo tenía todo: muchísimo dinero, unos padres que lo adoraban (y que depositaban en él muchas esperanzas) y unos amigos que le apreciaban por su alegría, por sus ganas permanentes de fiesta pero sobre todo por su generosidad con el dinero... Francisco era un joven sociable, sensible (no se le escapaba ni un detalle), elegante, refinado, era un líder en toda regla que no se conformaba con pertenecer a la clase adinerada de su padre, ambicionaba mas, ser caballero y conseguir fama y reconocimiento social ¿a quién no? Por lo que el joven Francisco estaba dispuesto a demostrar su valor en el campo de batalla, a convertirse en caballero y medrar en la escala social. Cuando comienza su conversión ya ha pasado por la experiencia de la guerra, de la cárcel y de la enfermedad.

Francisco empieza su conversión cuando abandona el ejercito porque cae en la cuenta de que solo un auténtico señor puede dar más que cualquier señor feudal de los que había seguido hasta el momento... y no sólo dinero y mejor posición social sino algo que le faltaba y que encontró en Dios, el amor.

Poco a poco su generosidad deja de ser esporádica; ya no solo asiste a quien le implora a cambio del “*amor de Dios*”, sino que invita a los pobres a su mesa y gusta de su compañía. Es más, anhela experimentar y experimenta que es **ser pobre**. Francisco ha ido respondiendo a la inspiración del Espíritu, no ha hecho oídos sordos y eso conduce sus pasos en una dirección cada vez más comprometida con la vivencia del Evangelio.

El momento clave le sorprende a Francisco, cuándo sin pretenderlo ni buscarlo, en su camino se le cruza un leproso (no los soportaba). Francisco,

hecho al refinamiento se ve tentado de reproducir su conducta habitual: dar un rodero al oír la campanilla que todo leproso debía llevar para alertar de su presencia. Pero seguro que en la conciencia de Francisco resonó otra vez la inspiración del Espíritu con el recuerdo de las palabras de Jesús *“lo que hagáis a uno de mis pequeños, a mí me lo hacéis”*. Era la ocasión de ofrecer a Cristo la prueba decisiva de su disponibilidad para llegar a *“conocer su voluntad”*. Sabéis ya lo que paso: baja del caballo, besa al leproso y le ofrece su ayuda. La alegría y el gozo que debió experimentar fueron con seguridad de una intensidad tal que quedaron marcadas en él hasta el final de sus días.

Francisco se había encontrado poco a poco con Cristo, en los acontecimientos de su vida, en las inspiraciones cotidianas del Espíritu... y él no se había echado atrás. El encuentro era cada vez más claro, la senda a recorrer se iba dibujando cada día con más nitidez. Francisco iba haciendo camino al andar sin otro guía que la respuesta siempre positiva a las inspiraciones del Espíritu. Ya no basto con encontrarse fortuitamente con un leproso... ahora el mismo iría en busca de ellos para *“practicar con ellos la misericordia”*.

Como él hace notar en el testamento, sus mismos pecados le impedían acercarse al leproso: romper con sus pecados, dejarse alcanzar por el amor con el que Dios le acosaba, no pactar con la mediocridad... eso fue lo que le posibilito experimentar aquella dulzura y gozo. Tal vez, Francisco se diese cuenta de que el leproso era él y que *su lepra* era vivir en pecado y que la manera más efectiva de *“curarse”* **era vencerse a sí mismo y por AMOR**, hacer lo que el Señor le pedía.

Podemos decir que Francisco sé la jugó. No anduvo con medias tintas. Su respuesta fue sin medida, sin cálculos, desmesurada... Pero para llegar a dar ese vuelco, esta ruptura con su padre y su familia, este paso de divo a mendigo, su estrategia improvisada fue la de dar siempre respuesta afirmativa a los pequeños impulsos del Espíritu. No esperemos nosotros poder seguir las huellas de San Francisco si no respondemos con generosidad a las pequeñas necesidades de quienes nos rodean cada día; ni queramos llegar a experimentar en nuestra alma el gozo pleno que experimento



Francisco ante el leproso si no permitimos disfrutar de los pequeños gestos de amor que realizamos cada día a nuestros compañeros, familiares, amigos o vecinos.

Es tras el episodio del leproso, tras el encuentro de Francisco con sus semejantes necesitados, los últimos de la sociedad de su tiempo, cuando sitúan sus biógrafos la experiencia ante el crucifijo de San Damián. Este episodio no lo recuerda San Francisco en su testamento y sin embargo ¡cuantas veces asociamos mentalmente la conversión de Francisco mas con su celebre pregunta **“Señor, ¿qué quieres que haga?”**, pronunciada ante el crucifijo de San Damián, que con su experiencia con el leproso. ¿No será que a nosotros nos gustaría una respuesta sorprendente de un crucifijo que nos hablase más que tener una experiencia hiriente de encuentro con las miserias más dolorosas de nuestros días? Después de haber descubierto a Cristo en el leproso es cuando Francisco se encuentra preparado para descubrirlo como hermano en la imagen del crucifijo de San Damián... para entonces el leproso le había abierto el corazón para encontrar a Cristo como hermano.

La respuesta de Francisco es tan desmesurada y desproporcionada, tan radical que nos descubre y delata nuestra forma de vida un tanto cómoda y hasta pasota, nos cuestiona en lo más íntimo y hace hincapié en nuestras contradicciones. Y a su vez nos invita a recorrer un camino que él abrió siglos atrás y que hoy, más que nunca, se abre ante nuestros ojos con una vigencia absoluta que lo hace, aun más si cabe, necesario y emocionante: Francisco, su ejemplo, su mensaje pero sobre todo su Amor por Cristo pobre y crucificado.